

del ruso que le echó al bandido cuan largo era por ese suelo. Hicieron alto los ladrones contemplándonos con furia. El winchester del ruso operó nuevamente; otro de los tunantes cayó por ahí retorciéndose en el polvo. No nos dieron más tiempo: botáronse sobre nosotros en un pronto, más fue para caer muertos cuatro de ellos a nuestra descarga. Cuatro quedaban de los salteadores, pero no huyeron: al contrario, uno de ellos cerró con el mayoral, y le echó en tierra partida la cabeza. Listo y advertido, yo me había apoderado del machete de uno de los moribundos que cayó a mis plantas. Embisten los tres a un tiempo con Meyendorff: él mata uno, yo le bajo el brazo al otro: los dos últimos ponen pies en polvorosa, Terminado este ligero incidente, el ruso y el americano tuvimos la fortuna de hallar dos caballos de jinete en una casa de postas: montamos y volamos; llegando a Nápoles, la carroza del Rey enderezaba hacia el palacio real, seguida de un destacamento de dragones: centenares de coches se dirigían por las calles, y miles de personas se iban desparramando por la ciudad. El sermón había salido hacía un cuarto de hora.

JUAN MONTALVO

POR LOS PUEBLOS HERMANOS

(Para « Studium » de Lima en obediencia a su deseo de colaboración y como homenaje a la juventud peruana).

Huelga decir, porque todos lo sabemos; cuáles han sido las causas que, en determinadas ocasiones, han generado desabrimiento en las relaciones de Colombia y el Perú; pero es del caso afirmar que esas causas no han sido de aquellas que abren entre hombres o pueblos vallas insalvables, en tanto que los vínculos de unión sí tienen la fuerza arrolladora de lo que es perenne en las cosas inanimadas como ocurre con la

proximidad geográfica, y de lo que vive con el hombre, como son su sangre, su lengua, su religión, sus tradiciones, es decir, todo lo que va con él porque está íntimamente unido y mezclado a su personalidad física y moral.

Y es por esto por lo que, aun en los momentos desgraciados de la guerra de 1829, el grito de la amistad fue más resonante que el de los cañones y pudo señorear las almas que, venturosamente, habíanse mantenido inaccesibles al odio o al rencor

Días antes de esa guerra decía el secretario de Relaciones Exteriores de Colombia: «Los más íntimos deseos del gobierno de Colombia son los de la concordia y la paz. Los manifestará en todo tiempo, y el del Perú debe estar persuadido de ellos, y de que nada ansía tanto como oír de su parte proposiciones que evitando la guerra entre las dos repúblicas hermanas, amigas y aliadas, sean capaces de establecer la más cordial reconciliación.»

Y el del Perú contestaba: «Si las protestas pacíficas encarecidas por el señor secretario de Relaciones Exteriores de Colombia llegan a verificarse, sentándose los preliminares de una negociación, el gobierno del Perú nada perdonará para acelerar el término de estas odiosas diferencias y evitar la efusión de sangre entre los hijos de dos repúblicas, que por su bien y su naturaleza son llamadas a permanecer unidas.»

Concluída la lucha de las armas, decían, a su turno, los negociadores de la paz: «Se concluyó la conferencia, dándose los plenipotenciarios de Perú y de Colombia las más cordiales enhorabuenas por haber contribuído a la gran obra de la reconciliación entre los países respectivos, y haciendo votos al cielo por que ella sea constante y duradera.»

Hé aquí una guerra singular, en la que contendores, más que enemigos o siquiera émulos, parecen enamorados que riñen para procurarse el placer inefable de la reconciliación.

Contrayendo el examen a Colombia especialmente, puede afirmarse que su política exterior, en cuanto se refiere al Perú, ha sido, a través de una centuria, de abierta y cordial fraternidad. Ha sido ése un propósito firme y persistente de sus mejores estadistas, y ese propósito ha contado con el cálido apoyo de los más elevados sentimientos.

Colombia ama cada día más las tradiciones de la Independencia y no ha podido comprender jamás cómo pudieran romperse los lazos con que esas tradiciones ataron a estos pueblos. Fiel a la lógica de esas tradiciones, fiel a la sangre pródigamente derramada en la pugna heroica de 1810 a 1824, ha estado siempre despierta y siempre vigilante para salvar o robustecer la unión estrecha de los pueblos bolivianos y para mostrarse amplia y liberal en las cuestiones de límites. Todo ello no por debilidad o deficiencia, no por vacilación sobre la eficacia de sus títulos y la verdad de su derecho, sino por un impulso grato a su corazón y por un arraigado convencimiento de la bondad expansiva de la confraternidad de los pueblos bolivianos y de la armonía y la paz de América.

Para amar esa paz, para buscar aquella confraternidad no necesitó Colombia recibir la tremenda lección de la guerra europea, del cataclismo que cerró una era de la humanidad y abrió otra, sobre el cortejo trágico de más de diez millones de hombres muertos y frente a frente del más pavoroso interrogante del futuro.

Apenas constituída la República de Colombia por el Congreso de Cúcuta en 1821, mandó a don Joaquín Mosquera, después sucesor de Bolívar en la presidencia, en misión de paz y de confraternidad ante el gobierno del Perú. En Cúcuta recibió sus instrucciones el señor Mosquera el 2 de diciembre del propio año de 1821; fue recibido en Lima el 5 de mayo siguiente; cuatro días después inició negociaciones y el 6 de julio de 1822 firmaba ya con el plenipotenciario del Perú, don Bernardo Monteagudo, un tratado de amistad y

de alianza, que iniciaba entre las nuevas entidades americanas la normalidad de la vida internacional, y que fundían las relaciones de los dos pueblos en turquesa de amor nunca después ni antes superada, en la historia de los negocios de Estados autónomos.

De aquel tratado memorable, de aquella carta de alianza que nunca debiera olvidarse entre peruanos y colombianos, hacen parte disposiciones como éstas: «La República de Colombia y el Estado del Perú se unen, ligan y confederan desde ahora para siempre, en paz y en guerra, para sostener con su influjo y fuerzas marítimas y terrestres, en cuanto lo permitan las circunstancias, su independencia de la nación española y de cualquiera otra dominación extranjera, y asegurar, después de reconocida aquélla, su mutua prosperidad, la mejor armonía y buena inteligencia, así entre sus pueblos, súbditos y ciudadanos, como con las demás potencias con quienes deban entrar en relaciones. Para asegurar y perpetuar del mejor modo posible la buena amistad y correspondencia entre ambos Estados, los ciudadanos del Perú y Colombia gozarán de los derechos y prerrogativas que corresponden a los ciudadanos nacidos en ambos territorios, es decir, que los colombianos serán tenidos en el Perú, por peruanos y éstos en la república por colombianos....»

Los votos de Colombia estaban satisfechos. Don Joaquín Mosquera había dicho al presentar sus credenciales: «Desea el Libertador que la unión de Perú y de Colombia sea una amistad tan sólida que en las generaciones futuras los hijos de ambas naciones, dándose recíprocamente las manos, bendigan la época feliz que les trajo tanto bien. Estos son los votos del padre de Colombia y de todos sus habitantes, cuya voz tengo el honor de llevar.»

En otra oportunidad trascendental, al congregarse en Lima, el 25 de octubre de 1894 la Comisión Tripartita de Límites, decía el doctor Aníbal Galindo con su compañero de la misión colombiana estas palabras:

«Pelear, o aparecer peleando hoy las tres repúblicas hermanas, que de tan ancho campo disponen en aquellos desiertos, por excluir los unos a los otros de su accesión de derecho natural al gran canal amazónico, formado con las aguas de todas, sería, en nuestro humilde concepto, acto de verdadera demencia, sólo explicable por el funesto destino que hasta hoy ha pesado sobre los pueblos de nuestra raza, devorados por la fiebre de la revolución y por los odios de pasiones banderizas, que así consumen sus fuerzas físicas, como merman sus fuerzas morales y extinguen sus virtudes públicas.»

Propusieron los delegados de Colombia el arreglo directo; no fue posible llegar a él, se defirió el asunto al arbitraje como antes había sido pactado entre el Perú y el Ecuador; por causas que no es del caso enunciar, el Ecuador no aprobó la convención y a tal arbitraje sólo concurren los primitivos negociadores, es decir, ese país y el Perú; los personeros respectivos presentaron sus alegatos; los pueblos se exaltaron; la paz estuvo a punto de romperse; no se llegó al fallo que diera conclusión a la disputa; una ráfaga de amargura cayó sobre las almas y de tan complicadas circunstancias sólo quedaron flotando, como fraternal admonición, la palabra de amistad de los delegados que las vertieron en la Junta Tripartita, y como una enseñanza nítida y luminosa, la de que, entre hermanos, antes que en el seno hispido e hiriente de las controversias rígidas y extremas, ha de buscarse el acuerdo de intereses en el seno de la conciliación de los ánimos y de la equidad de las pretensiones, equidad que es, por otra parte, un elemental dictado de la sabiduría.

En una rápida síntesis como ésta, no es posible allegar gran número de documentos. Mas, los que quedan anotados bastan para probar la perseverancia de Colombia en los propósitos a que se ha aludido. Pero, todavía no satisfecha de esa obra, Colombia quiere darle mayor relieve, llevarla a sus consecuencias más lejanas.

Cuenta para sus nuevas iniciativas con sus antecedentes y ejecutorias en pro de la libertad del continente, con su fidelidad a la democracia, con la estabilidad de casi cuatro lustros de paz, con la vida del derecho que es una verdad dentro de sus linderos, con su respeto y su consideración por las demás naciones y con su gran corazón, abierto siempre a generosos intentos.

Y es así como al contestar el 27 de diciembre último a un conceptuoso y fraternal discurso del nuevo Ministro de Venezuela en Bogotá, ha proferido palabras de la mayor trascendencia el Presidente de Colombia, Excelentísimo señor D. Marco Fidel Suárez. Esas palabras llenas de calurosa sinceridad, de doctrina y de videncia; vertidas por un ciudadano que une a su investidura oficial prestigios ya continentales de sus talentos, sabiduría y experiencia y ofrecidas a la consideración de América en nombre de un pueblo que sólo sabe de la franqueza y la lealtad en las relaciones internacionales, vienen—nada impide decirlo—de una cumbre muy alta y ojalá que hagan sobre las almas, ávidas al presente de concordia y de paz, ancho camino de luz y de bien.

Hélas aquí:

«De la misma manera que los sentimientos que corresponden a las relaciones del género humano consienten una gradación de afectos que abarcan la caridad universal, el amor patrio, los afectos regionales y los afectos domésticos, así las relaciones de los Estados consienten una escala, no de derechos, pero sí, de consideraciones. Entre todos los pueblos de la tierra, el Derecho de Gentes ha establecido cierta especie de vínculos privilegiados que ligan los pueblos cristianos, porque éstos poseen la razón fundamental y la luz por excelencia de la ética internacional. Entre los pueblos cristianos, los de la América Latina tenemos que mi-

rar con predilección los vínculos que existen en el seno del gran grupo de pueblos formado por la madre España y por sus hijos de este continente. Y entre estas naciones, muchos consideran también natural que las Repúblicas que debieron su emancipación a unos mismos esfuerzos o que formaron en un día la antigua Colombia establezcan entre sí, una forma singular de hermandad común. De esta suerte Bolivia, Colombia, Ecuador, el Perú y Venezuela debieran formar, según la opinión que estoy exponiendo, una especie de unión natural, una confraternidad espontánea de pacíficos esfuerzos en pro de su bienestar y creciente cultura.

«Sobre todo, en esta hora en que el género humano experimenta nuevas y apremiantes necesidades que le obligan a hacer esfuerzos extraordinarios para asegurar su antigua civilización y para resolver los nuevos problemas que lo atormentan, muchos creen que es de necesidad elemental el buscar aquella unión y aquella confraternidad y tratar de fomentarla. Es claro que ella no establecería una nacionalidad, ni una federación, ni siquiera una alianza formularia, fundada en los tratados, pero sí podría tal vez constituir, en virtud de una amistad constantemente observada, cierta armonía fundada en la costumbre, fomentada por la amistad de veinte millones de habitantes, dirigida a la prosperidad y educación de cinco naciones, y que sirviera de ejemplo (¿por qué no decirlo?) a los pueblos que todavía no han escuchado el eco celestial de la paz.»

¿Querrán el Perú, Bolivia, el Ecuador y Venezuela secundar con voluntad perseverante la invitación bienhechora que, siguiendo la tradición de Bolívar, les hace el Presidente de Colombia?

¿Querrá cada cual, en la esfera de su acción, contribuir a solucionar problemas de incidencia y a limpiar así la senda de la marcha triunfal?

¿Habrà llegado para estos veinte millones de hombres la hora feliz de su destino, que consistirá en saber orientarse, probando con hechos que la fraternidad no

es entre ellos una vacua aspiración o una palabra sin meollo ni sentido?

¿Será mañana, para bien de todos, una realidad palpable la antevisión del apóstol colombiano, o estará destinada solamente a servir a la curiosidad investigadora de algún bibliófilo futuro que busque en viejos anaqueles la historia de pueblos ya agostados por el infortunio, en luchas absurdas de rivalidad o de anarquía, o en aislamiento estéril, propicio solamente a la debilidad y a la conquista?

Los amistosos sentimientos que respecto de Colombia expresan a los eximios ciudadanos que llevan hoy, en el Gobierno, la representación del Perú, y su fuste de verdaderos estadistas; las voces de una prensa ilustrada como hay pocas; la amplitud que exhiben muchos de los pensadores de este país; la prometedor brillantez de sus estudiantes.....todo hace esperar que, en cuanto al Perú, la palabra del Presidente Suárez no se perderá en el vacío. ¿Por qué habría de perderse en los otros pueblos, dueños también de muy altas capacidades y deseosos también de paz, de tranquilidad y de fuerza?

Abrase, pues, el alma al optimismo, que cuando el optimismo es sano, suele ser igualmente poderoso. Y queden en todo caso estas líneas como una prenda de la cordialidad colombiana, grabadas sobre las hojas que reciben e irradian en fulguraciones magníficas, el robusto pensar y las ansias generosas de la actual juventud universitaria del Perú.

Lima, febrero de 1921.

FABIO LOZANO T.

Monseñor Luis Concha

Felicítamos cordialmente a nuestro respetado y doctoredrático señor presbítero don Luis Concha por la merecida distinción que le ha concedido la Santa Sede, nombrándole Camarero de honor de Su Santidad.